

Estudiar y enseñar a Martí

Por Msc. Luis Ernesto Enebral Veloso y Lic. Mariano Álvarez Farfán

Una acertada consideración del pasado y del presente de la nación cubana confirma cabalmente que la figura de nuestro Héroe Nacional ha sido y es ejemplo, guía, maestro, radical, cubano y universal, contemporáneo y compañero, fiel ideólogo de nuestro pueblo, unidad de palabra y acción.

José Martí, el más grande pensador patriótico y revolucionario de este continente, hoy nos es absolutamente necesario.

La escuela cubana, para lograr el propósito de la formación integral del hombre nuevo, tiene que dotarlo no sólo de la concepción marxista-leninista, sino también de la doctrina martiana, sin la cual es imposible la aplicación creadora de aquella a nuestra realidad; solamente así podremos garantizar la continuidad histórica de la Revolución y construir el socialismo como real síntesis de lo universal y lo singular.

Atendiendo a este apremio es que nos hemos propuesto formular un conjunto de recomendaciones para estudiar y enseñar a Martí. Dejamos por sentado que con ello no pretendemos agotar el tema o dar recetas, sino motivar el análisis, promover la reflexión, despertar la preocupación por tan importante e inaplazable tema. Si en alguna medida contribuimos a ello nos sentiremos satisfechos.

¿Por qué estudiamos a José Martí?

Una respuesta inmediata puede ser la siguiente: porque Martí representa lo más avanzado del pensamiento revolucionario cubano hasta el siglo XIX.

El pensamiento revolucionario cubano del siglo XIX tiene como característica esencial su desarrollo ascendente, alcanzando su punto máximo con José Martí.

Se destacan por poner su pensamiento y acción al servicio de la naciente nacionalidad cubana personalidades como Félix Varela, Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez, Antonio Maceo, entre otros. Ellos representaron lo más avanzado en su momento histórico.

Félix Varela, el primer independentista cubano, se enfrentó a los primeros intentos anexionistas, previno el peligro de la participación de otro país en nuestro proceso libertador. Sus ideas no se materializaron debido a la inexistencia de condiciones históricas para ello; no obstante, su pensamiento quedó como legado para las futuras generaciones de patriotas, en particular para los hombres del 68 y del 95.

En la segunda mitad del siglo XIX se destacan figuras que llevaron a la práctica su ideal libertario; entre ellos descollaron Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo; este último se distinguió por su antimperialismo, lo que lo ubica en un eslabón superior en el desarrollo ascendente del pensamiento revolucionario cubano de la decimonovena centuria.

José Martí, político genial y revolucionario radical, hereda y resume lo mejor de ese ideario y lo eleva a su más alta expresión en aquel período histórico. En él, el pensamiento revolucionario cubano no sólo se eleva a un plano superior, sino que se proyecta hasta el presente.

En Martí tuvieron decisiva influencia dos factores íntimamente combinados: el contacto directo con las masas trabajadoras, en especial con

los obreros, y el conocimiento del naciente imperialismo, facilitado por su estancia, por más de diez años, en los Estados Unidos.

La superioridad de su ideario se aprecia en el tratamiento que dio a temas como la revolución, la independencia, el imperialismo y América Latina.

Su concepción de la independencia trasciende la idea de la separación de España, entendiéndola como momento de un proceso más complejo y profundo: la revolución; por eso confesó a su compañero de luchas Carlos Baliño que la revolución no se haría en las maniguas, sino en la república.

El concepto martiano de revolución tiene esencia dialéctica, pues comprendía su papel en la ruptura de los obstáculos al progreso histórico y como superación de lo caduco. Escribió que “De vez en cuando es necesario sacudir el mundo para que lo podrido caiga a tierra”. Asimismo comprendía con acierto el papel de las masas populares y los líderes en la revolución. De las primeras decía que sin ellas “... es imposible, ni en Cuba ni en parte alguna, la revolución”, pues, “... el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones”. Juzgando en su justa medida el papel de los líderes, reconocía que estos son tales en tanto se ponen al servicio de su pueblo.

En el pensamiento y acción revolucionarias de Martí, destaca por su genialidad la creación del Partido Revolucionario Cubano (PRC) para hacer la independencia. Este constituye el mayor aporte político del apóstol a nuestra historia revolucionaria. En la creación del PRC Martí conjugó y concretó sus ideas acerca de una vanguardia política organizadora, dirigente de la independencia y de la necesidad de la unidad de todos los revolucionarios.

El PRC de José Martí fue la fuerza organizadora que cohesionó los sectores y clases sociales interesados en hacer la revolución independentista de 1895; fue el único partido de los revolucionarios del momento, antecedente histórico del monopartidismo cubano actual.

El ideal independentista de Martí se funde con el antimperialismo y el latinoamericanismo. Constantemente manifestó su preocupación por las peligrosas acechanzas del naciente imperialismo norteamericano y los males que para nuestra América traería su absorción por aquel. Basándose en un conocimiento minucioso de la historia de los Estados Unidos, de su política interna e internacional, de las ambiciones sin límites de sus hombres de negocio, llegó a la conclusión de que sus intenciones hacia América Latina eran convertirla en su traspatio y con ello subyugarla.

Así, su proyecto independentista integra, como componentes esenciales, el antimperialismo y el latinoamericanismo. Para él dos cuestiones básicas impedirían la ingerencia norteamericana en América Latina: la independencia económica y la unidad latinoamericana.

¡Cuánta razón tenía el Maestro! La dependencia económica y la división han sido las mayores debilidades de Latinoamérica frente al opulento y omnipotente imperio. Hoy, cuando el fallido proyecto inicial del ALCA adopta la forma de los tratados bilaterales de libre comercio (TLC), es más urgente que nunca la unidad, para impedir que sucumba nuestra identidad económica y sociocultural. El ALBA, de honda raíz bolivariana y martiana, se perfila como la alternativa, como el ahora o nunca.

Martí fue un sincero y profundo latinoamericano. En su obra podemos encontrar numerosas páginas dedicadas a las repúblicas americanas, en las que ensalza sus bellezas naturales, sus hombres y mujeres ilustres. Fue un firme defensor de la identidad cultural latinoamericana y de la necesidad de

conocer profundamente sus realidades y problemas, de buscar soluciones propias, porque ni el libro europeo ni el norteamericano nos son aplicables. Expresión concreta de esa concepción es su trabajo *Nuestra América*, que bien puede ser considerado un monumento al latinoamericanismo y un programa de buen gobierno para nuestros pueblos.

El ideario martiano contiene profundos valores éticos. La ética martiana tiene, entre sus rasgos esenciales, el humanismo y el colectivismo.

Sentía Martí un profundo respeto por la dignidad humana; postuló que el culto a la dignidad plena del hombre debía ser la ley primera de la república que se propuso fundar en Cuba. Su humanismo se concreta en la lucha por el bienestar y dignidad humanas, el antirracismo, el sacrificio de los intereses personales para ponerse al servicio de los pobres –“con los que había que hacer causa común”–, el amor al trabajo y a los trabajadores, en el hondo amor por los niños, a los que consideraba la esperanza del mundo.

El humanismo martiano no es contemplativo, sino práctico, aspira a transformar la realidad a través de la acción revolucionaria.

El humanismo es el componente esencial del pensamiento martiano y marxista que permite su fusión en la ideología de la revolución cubana.

La ética martiana está cargada de colectivismo, es altruista. Para él los intereses personales debían supeditarse a los sociales, pues para Martí el verdadero revolucionario no es el que mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; la grandeza de un hombre no está en su persona, sino en la medida que se pone al servicio de su pueblo.

Estudiamos y enseñamos a Martí porque nuestra Revolución tiene profundas raíces martianas, el pensamiento martiano es un eslabón esencial que nos da fundamento y razón de ser. El realismo político y la objetividad de su ideario no sólo lo sitúan en el escalón más alto del pensamiento revolucionario cubano y latinoamericano del siglo XIX, sino que lo convierten en el eslabón necesario que desbrozó el camino para que nuestro pueblo asimilara el marxismo-leninismo.

Así, a partir de las primeras décadas del siglo XX, comienza a ocurrir la original simbiosis o síntesis de las ideas de Martí y el marxismo-leninismo, proceso que da lugar a la ideología de la Revolución cubana, que se ha enriquecido con los aportes de pensadores de la talla de Che y Fidel. Esa síntesis ocurrió de manera natural.

Después de la muerte de Martí y la intervención norteamericana, su proyecto revolucionario quedó inconcluso; ese proyecto lo heredó en el pasado siglo la clase obrera y su vanguardia política. Ese proceso fue facilitado por los puntos coincidentes entre ambos pensamientos; entre ellos se pueden mencionar: ambos tienen un profundo contenido de liberación nacional y social, la concepción de la necesidad de un partido único como vanguardia dirigente y factor de unidad; concepción común del papel del pueblo y los individuos, conjugación de pensamiento y acción, comprensión de la interdependencia de economía y política. La ética de ambos encierra valores comunes como el humanismo, la solidaridad, el colectivismo; por otra parte, en ambos está presente la concepción del valor pedagógico de la vinculación estudio-trabajo.

El marxismo leninismo enriqueció y complementó el pensamiento revolucionario cubano, aportándole el método dialéctico materialista y la concepción materialista de la historia; enseñó la misión histórica del proletariado.

¿Qué aspectos debemos tener en cuenta para estudiar y enseñar a Martí?

-Al estudiar y enseñar a Martí debemos asumirlo con dimensión planetaria y no como un patrimonio exclusivo de Cuba. Mostrarlo solamente como un líder de nuestro país es situarlo en un marco estrecho, es mutilar su verdadera grandeza, su verdadero alcance.

-El estudio y enseñanza del pensamiento martiano no es una tarea académica; es, ante todo, una necesidad política.

-Tratar su manantial de ideas supone abordarlo en toda su vitalidad, sepultando todo anquilosamiento y potenciando su estudio crítico: “Sí asumimos que José Martí es el héroe por excelencia, el fundador de la nación –no en el tiempo cronológico, sino en el total– y lo colgamos con sus vigilantes ojos en la pared del aula o del taller, podríamos reducirle a símbolo patrio, en el mismo sentido en que lo son la bandera y el Himno Nacional; de esta forma no necesita de estudios críticos... Poco nos serviría esa estampa en vida del Apóstol... José Martí también es, por supuesto, símbolo patrio, pero su humanidad excepcional abre el diálogo fecundo de su vida–obra a la intemporalidad”.¹

-Su obra es indivisible; en él hay un proceso de maduración de su pensamiento, pero no rompimiento de una etapa de su vida y obra con respecto a otra.

-No fue en el sentido puro un teórico, un sociólogo o economista, sino ante todo un dirigente político que se vio en la necesidad de dar opiniones, hacer juicios, para guiar la acción de las masas. Fue, también, un hombre práctico y como tal debemos enseñarlo.

-La mayoría de sus obras no son trabajos académicos, ni didácticos, sino expresión de la lucha que acometía.

-El conjunto de su obra y los aspectos que de ella utilicemos debemos someterlo al análisis histórico concreto pertinente, si bien se proyecta hasta el presente.

-Debemos cuidarnos de un mal peligroso que es el de querer acercar demasiado las ideas de Martí a las de Marx o Lenin, guiándonos sólo por la similitud, olvidándonos que Martí no era marxista. Asimismo, debemos cuidarnos mucho más de minimizar la profundidad y la visión del pensamiento martiano por el hecho de no ser marxista.

-No podemos pasar por alto que el estudio de Martí no es un curso o seminario, no es un tema, sino un componente esencial de la cultura que sólo se adquiere estudiando a Martí por Martí de forma sistemática. Se recomienda comenzar por una selección de textos orientadores o de acercamiento a la temática como los Cuadernos Martianos y el Diccionario Martiano. Posteriormente se sugieren las *Obras escogidas* en tres tomos, las que tienen una voluntad de orientación cronológica. Sería aconsejable fortalecer la visión adquirida consultando la *Edición crítica de las Obras completas*, ya que estas tienen el propósito de ampliar, enriquecer, aclarar, ubicar en el contexto las mismas obras, así como las opiniones, ideas y frases; y luego se podría estudiar una selección monotemática de textos martianos sobre el indio, sobre América, sobre las Antillas, u otros. A continuación se puede proceder al

¹ Ubieta Gómez, Enrique. “José Martí y el proyecto emancipador cubano”, en Revista Cuba Socialista, tercera época, n. 2 de 1996, p. 46.

análisis de textos de Martí que complementen el aprendizaje realizado. Más adelante deben abordarse textos sobre Martí.

-En las escuelas, debe atraerse a todas las asignaturas o disciplinas a la tarea de estudiar y enseñar a Martí, es decir, se precisa de un enfoque multidisciplinario e interdisciplinario para abarcarlo en toda su dimensión. Recordemos que “Martí no es sólo ‘materia de estudio’, sino que esencialmente será la atmósfera espiritual dentro de la que ha de ocurrir toda asignatura y todo estudio”.²

-Cada docente debe conocer que la ideología de la Revolución cubana es una síntesis del ideario martiano y marxista-leninista.

-Su enseñanza debe tener el sello de lo natural y no de lo impuesto; imponerlo es hacerle daño. Hay que enseñarlo sin hacerlo odioso.

-Un profesor no puede olvidar que se puede y debe enseñar a Martí no sólo hablando de él de manera directa, sino contando en forma viva sobre él, utilizando anécdotas.

-La pedagogía martiana está en Martí. Él es el que, página a página, nos enseña a enseñarlo. Su método es el conversacional, que reflejó en muchos de sus trabajos.

Otros consejos pueden ser:

-No ha de desdeñarse el uso de aforismos y pensamientos aislados, pero sí la excesiva afición por ello, ya que se corre el riesgo de convertir a Martí en lugar común, en repertorio de sentencias, en oráculo fácil.

-Al profundizar en sus discursos más maduros, el análisis conceptual ha de hacerse tan cuidadosamente como se desmonta un mecanismo de relojería, pero sin perder el pulso dialéctico que enlaza sus párrafos.

-Muy provechoso sería leer y releer para ir encontrando sucesivamente nuevos horizontes y significados en el texto; nada será tan rico como desentrañar sus esencias: “...se hace indispensable que la búsqueda en la espesa selva se realice con recto sentido: que no se deje de visitar ningún paraje, en todos anda el hombre y su gesto. Mientras más se ahonde en su decir y en su hacer, más cerca andaremos de sus esencias matrices. No atonicemos en mirajes minúsculos y en desdibujos ocasionales; las grandes figuras revolucionarias –y no la hay mayor que José Martí en la escala cubana– han de estimarse en el conjunto eficaz, en la medida real de sus servicios, en el balance estricto de su rendimiento patriótico...”.³

Así, el estudio del pensamiento martiano es una necesidad política, se trata de lo más avanzado del pensamiento cubano del siglo XIX que se proyecta hasta el presente. Este ideario se funde dialécticamente con la ideología marxista-leninista, conformándose como resultado de esa síntesis la ideología de la Revolución cubana.

Las recomendaciones para el estudio y enseñanza del pensamiento martiano, expuestas en este trabajo, no son una camisa de fuerza, sólo tienen un propósito orientador.

² Vitier, Cintio. “Martí en la educación superior”. Revista Honda. N. 1, Año 1, enero-febrero-marzo de 2000, p. 29.

³ Marinello, Juan. “El caso literario de José Martí”. Revista Honda. N. 9 de 2003, p. 55.